

## *Reseñas*



PHILLIP MAINLÄNDER. *La filosofía de la redención*. Estudio preliminar, edición y traducción Sandra Baquedano Jer. Buenos Aires: FCE, 2021, 515 pp.

La obra capital de Phillip Mainländer se compone de seis capítulos (Analítica de la facultad cognoscitiva, Física, Estética, Ética, Política, Metafísica) y un Anexo (Crítica de las doctrinas de Kant y Schopenhauer). Seis capítulos y un anexo que hacen gala de la intemperividad de su autor. De esa cualidad presente en pocos pensadores y que condiciona la valoración de su obra al paso del tiempo. De esa cualidad que permite pensar más allá de los límites que impone la época. Curiosamente un pensador del siglo XIX ilumina los tiempos que corren. Unos tiempos signados por prácticas ecocidas y sus derivaciones ecosuicidas (Baquedano: 37-38), y cuyas primeras manifestaciones físicas sobre la naturaleza comenzaron, llamativamente, en dicho momento, a saber, en 1784 cuando James Watt patentó su máquina de vapor.

Los tiempos que corren son tiempos difíciles. Tiempos difíciles de vivir y analizar, pero sobre los que Mainländer arroja una valiosa luz de comprensión. Una filosofía que sin apoyarse en ilusiones transmundanas (Prólogo: 67) ni depositando esperanzas en un futuro mejor, ayuda a explicar, a partir de argumentos puramente inmanentes, nuestra situación actual. ¿Cómo comprender, sin la ayuda de Mainländer, el proceso de destrucción ecológica en la que estamos atrapados y atrapadas, pese a que somos perfectamente conscientes del escenario distópico que se nos avecina?, ¿de qué manera entender la inmovilidad de una parte significativa de los países ante la abrumadora evidencia científica? (baste revisar los acuerdos de la última convención del clima). ¿Cómo explicar este movimiento de la humanidad y de una parte importante de la vida en el planeta, hacia la extenuación total?, ¿será que existe una suerte de tendencia irreversible hacia el no ser?

Justamente el ejercicio intelectual desarrollado por Mainländer en su obra *La filosofía de la redención* nos otorga una valiosa fuente de análisis para tratar de entender, de alguna manera, nuestro violento comportamiento civilizatorio (Política: 268). Una filosofía profundamente inmanente que busca, a partir de la observación del curso del mundo y de un riguroso ejercicio intelectual, siempre preocupado de no caer en supuestos trascendentes (Analítica: 69), analizar las razones que movilizan el desarrollo del mundo de manera siempre conflictiva, siempre dolorosa y muchas, pero muchas veces terrible (Política: 348).

Comprender el origen del universo en el primer movimiento de la unidad premundana que anhelante de no ser, pero presa de la imposibilidad de la extinción total, se deshace en el mundo de la multiplicidad ejemplifica prístinamente la intemperividad de este autor dada su cercanía con la teoría del *big bang*.

La capacidad de Mainländer de –a partir de estructuras metafísicas como punto de partida– ir estructurando el surgimiento del mundo de la inmanencia sin la permanencia de las primeras para explicar su funcionamiento y destino, da cuenta de la genialidad de este autor. Partiendo de la premisa de que todos los movimientos, habidos y por haber, pueden ser entendidos como la consecuencia de la desintegración voluntaria de la unidad premundana trascendente en el mundo inmanente de la multiplicidad, dada la incapacidad de aquella para alcanzar el no ser absoluto y viendo en el mundo el único medio para lograr el objetivo del no ser; logramos, a partir de las disquisiciones mainländerianas, ubicar a la voluntad como la auténtica cosa en sí que en el mundo inmanente adquiere la expresión de una fuerza, pero cuyo desarrollo hacia el destino necesario (el no ser) es obstaculizado por un momento retardador que porta cada individualidad en su interior. Sin embargo, nuestro autor –haciendo gala de un significativo gesto de honestidad intelectual– declara que toda su argumentación se desarrolla sobre la base de principios regulativos que permiten el enjuiciamiento hipotético de un obrar inaccesible al espíritu humano (Metafísica: 354). Por esta razón, todo presupuesto deberá ser antecedido por el condicional ‘como si’. El mundo de la multiplicidad comprendido ‘como si’ fuera el eco mundano del obstáculo trascendente de una unidad que ya no es más. Una unidad que ya murió, que ‘resolvió’ suicidarse y su muerte permitió la vida en el mundo.

El obstáculo lo encontró Dios en su esencia cuando ‘quiso’ no ser más, y el obstáculo de quienes pueblan este mundo, ya en sus formas de compuesto químico, estructura mineral, conformación orgánica (humano, animal o vegetal) e incluso una composición social; lo encuentran en el movimiento de una voluntad siempre anhelante de ser más, pero debilitada progresivamente hasta la extenuación total, a causa de la tensión friccional violenta que supone la lucha ininterrumpida con otras voluntades guiadas por el mismo afán. Este tema atraviesa toda su obra (194, 270, 271, 274, 298, 317, 320, 324). Hay un puro destino inexorable, necesario y deseado: la muerte absoluta, aunque el deseo por esta se encuentre oculto en las sombras de la voluntad de vivir, tal como ocurre con los animales y más aún con la humanidad.

Entender la voluntad como la auténtica cosa en sí, que en el campo de la inmanencia toma la forma de un impulso o fuerza, y cuyo destino –independiente de los efectos retardadores vinculados a su anhelo de perseverar en la existencia– es la aniquilación en la nada absoluta, desafía explícitamente el imaginario antropocéntrico del pensamiento occidental. Declarar de forma categórica, y sin ambages, que no gozamos de un origen especial (todos los entes no serán más que el resultado de la descomposición de la unidad simple premundana), que también somos fuerza, en su versión autoconsciente, y que estamos sometidos y sometidas a los mismos procesos termodinámicos que el resto de los organismos que conforman el planeta; supone un valioso recurso intelectual para interpretar desde un pensamiento filosófico exclusivamente inmanente los tiempos que corren. Sin embargo, esto no implica negar las posibilidades que nos otorga el conocimiento para ir más allá del egoísmo inmediato que detenta nuestra individualidad, a fin de vivir lo que nos resta con menos dolor y sufrimiento. Una filosofía profundamente no-antropocéntrica capaz de reconocer al ser humano

enlazado en lo que fue una unidad colectiva tributaria de un destino común: la muerte absoluta (Metafísica: 366). En lo medular no hay diferencias ni abismo entre lo químico, lo inorgánico, lo vegetal, lo animal y lo humano. Todo es voluntad en movimiento y nada más. Esa es la ley fundamental. ¿Y en lo particular?, pues bien, las diferencias serán principalmente de grado y no de tipo.

“Estamos en un mundo de la multiplicidad, cuyos individuos están enlazados en una firma unidad colectiva” (Física: 164). Nuevamente la intempestividad de Mainländer hace su aparición. A la imagen especular entre la disolución de la unidad premundana con la teoría del *big bang*; a las equivalencias observables entre el destino inexorable hacia la nada absoluta con la ley de la entropía; y a la perfecta coexistencia entre azar y necesidad que supone Mainländer y rastreable incluso en la teoría del caos; verificamos ahora, con todos los matices y bemoles que implica, la cercanía del pensamiento mainländeriano con los descubrimientos en biología evolutiva. Una suerte de reformador del abismo cartesiano cuando precisamente hacen su aparición las primeras transformaciones técnicas y físicas que darán paso a la crisis ecológica actual.

Comprender la crisis ecológica, o mejor dicho, el desastre ecológico en ciernes, nos exigirá la ejecución de un análisis ontológico de nuestra situación actual. Estamos literalmente perdiendo el suelo que pisamos, y seguimos quemando carbón, consumiendo petróleo, maltratando animales, esquilmando la flora y la fauna a una tasa sin precedentes, devorando productos y desechando desperdicios en el aire, en el suelo y en los mares a un nivel jamás registrado en la historia humana. También nos hemos encargado de liberar virus de sus reservorios naturales, de desatar pandemias y del desarrollo de nuevas enfermedades mentales (síndrome psicoterrático es el nombre que Glenn Albrecht le ha dado). Hay algo que no calza, o es un problema de ignorancia, cosa que parece extremadamente difícil dado el nivel de evidencia científica y la difusión de aquella, o las razones son más profundas y complejas.

Antes había una unidad simple, hoy somos fragmentos colectivos de ella en dirección a la muerte absoluta. Entonces, si todo se entrelaza con todo la ecodestrucción podría ser entendida simultáneamente como una autodestrucción (Baquedano: 37) y, el anhelado desarrollo y progreso económico, el cumplimiento de la ley cósmica que nos empuja, inexorablemente, hacia la nada absoluta. Y así como en su momento Mainländer optó por no perseverar más en su existencia dada la experiencia destructiva ligada al acto de vivir; también hoy para ciertas personas llega un momento “en el que la vida en casa se vuelve demasiada espantosa”. La vida se vuelve espantosa cuando se degradan los territorios, cuando se destruye el entorno y cuando se pierden los lazos culturales que la tierra otorga.

Si la ecodestrucción es autodestrucción, ya va siendo hora, sin que ello implique negar el destino inexorable que nos encamina hacia la nada, de asumir que la satisfacción de los deseos, inclinaciones y apetitos no aumentan realmente el bienestar, sino que más bien potencian el sufrimiento, el calentamiento global es prueba de ello. Ya va siendo hora de que la voluntad pueda ser llevada –gracias a un conocimiento que surge por necesidad y a partir de la misma evidencia que da la naturaleza– a volverse consciente

de su núcleo más íntimo para alcanzar una vida mejor en este mundo y luego la tan anhelada tranquilidad. Tal vez, ya va siendo hora de escuchar a Mainländer para pensar una nueva forma de habitar en este planeta devastado.

Claudia Donoso S.  
Universidad de Talca, Facultad de Ciencias de la Salud  
cldonoso@utalca.cl